

Clérigos y médicos ante la muerte

I. Las causas del morir

No parece que en el pasado haya sido un tema de gran interés para los médicos la muerte. Más bien interesan las enfermedades o causas que llevan a la muerte, pues es en donde los médicos pueden actuar, negociar con la naturaleza y con la sociedad. La salud consiste en el buen comportamiento de la naturaleza del hombre, que permite sus funciones fisiológicas. En la enfermedad el médico debe conocer el camino alterado de la naturaleza para enderezarlo, así como la bolsa del doliente o sus familiares. Hasta el siglo XVIII – en líneas generales- la medicina sigue las lecciones de los clásicos, así Hipócrates y Galeno. Los galenistas renacentistas construyen un sólido cuerpo de doctrina que se hereda por siglos. Es el caso de Andrés Laguna, quien traducirá del griego la farmacopea de Dioscórides. Allí se pregunta por los venenos que producen la muerte. No es extraña esa relación entre alimento, medicamento y veneno. Siglos más tarde un personaje de *La montaña mágica* de Thomas Mann nos recordará la unión natural de productos curadores y ponzoñosos.

Nos dice allí Laguna que medicamento y veneno comparten etimología, en griego se denomina fármaco al veneno, pues éste puede servir en farmacia. Por tanto, veneno es una medicina, pero tan enemiga del hombre, que lo corrompe, destruyendo su complexión y sembrando e introduciendo la suya. Hay que recordar que en la medicina galénica se considera que la materia está formada por los elementos de Empédocles, que tienen cualidades o potencias. Su reunión forma los humores que constituyen líquidos y órganos, dando así al ser vivo una complexión y un temperamento. La enfermedad es esencialmente la corrupción de los humores, por unas causas externas, que actúan sobre las internas produciendo la conjunta, motivando la enfermedad y/o la muerte.¹ Esta doctrina de la causalidad hereda más o menos la aristotélica.

¹ Luis García BALLESTER, *Galeno*, Madrid, 1972.

El alimento mantiene la substancia del hombre, mientras que el veneno la destruye. Los venenos son minerales, vegetales y animales, unos perjudican al comerlos, otros cuando por herida entran en la sangre, algunos minerales también aplicados al exterior. Un doctor amigo le hizo probar en Roma veneno de víbora, inocente en la ingesta, blanco como leche, dulce como miel. Los sentidos pueden también ser puertas de entrada para los tóxicos, así repasa uno a uno proporcionando interesantes y divertidos ejemplos. Para la vista, por ejemplo, nos indica la posibilidad de envenenamiento por la mirada del basilisco. También cree en la posibilidad de envenenamientos por tintas venenosas, incluso nos narra las molestias que se sienten en la lectura de libros recién impresos.

Unos venenos actúan por sus cualidades elementales (calor, frío, humedad y sequedad), otros por propiedades ocultas influidas por astros, otros por ambas. Aquéllos actúan cuando tienen mucha cantidad (que no necesitan éstos) y se contrarrestan con sus contrarios. Dependen también en su acción de la fuerza y complejión de la víctima. Los calientes y corrosivos abrasan y roen los miembros interiores por donde pasan, los fríos congelan la sangre, ahogan el calor natural y alteran los sentidos, los húmedos –si los hay– actúan relajando y corrompiendo los miembros, con sus facultades, los secos desecando la sustancia del corazón y consumiendo sus espíritus vitales. Aunque pueden actuar sobre determinados miembros, deben llegar al corazón para matar. Depende su actuación por tanto de su sutileza y el tamaño de poros y vasos, así explica que la cicuta sea mortal para el hombre y no para el estornino, o que los alimentos en estómago frenen la acción del veneno.² La centralidad del corazón en la vida humana está siempre presente en la historia de la medicina. Sin embargo, desde tiempos clásicos se discute qué órganos aparecen antes y desaparecen después, es decir el *primum vivens* y el *ultimum moriens*, los que Aristóteles adjudica al corazón.

Pero otra pregunta básica es en qué consiste la muerte. Otro renacentista nos puede ayudar a entender qué era la muerte en la medicina antigua, la que perdura en Europa hasta el fin del Antiguo Régimen. Me refiero a un anatomista de origen catalán, quien enseña y escribe en Valladolid su *Libro de Anothomia del hombre* en 1551.³ De influencia vesaliana, entiende el cuerpo humano en un sentido arquitectónico. Esa fábrica del belga se convierte aquí en una casa real o de privilegiado ocupante, una elegante dama. La estufa que la calienta –con un caño grueso que se subdivide– es preparada y atendida por un personaje artesano, entre arquitecto y repostero. Si la casa es el cuerpo, la princesa es el alma, la estufa es el

² DIOSCÓRIDES, *Acerca de la materia medicinal y de los venenos moríferos*. Edición de 1566, Madrid, 1999, 573-575.

³ Bernardino MONTAÑA DE MONSERRATE, *Libro de la Anothomia del hombre* (Valladolid, 1551), Madrid, 1973, edición facsimilar, f. 127v, ver 75v.

corazón vivificado por el espíritu vital o calor natural. Cuando la estufa se agota, la señora no puede sino irse, se produce pues la muerte en sentido aristotélico, el abandono del cuerpo por el alma. La muerte “es desamparar el alma el cuerpo”, “caer la fortaleza en el suelo”, pues “dizen los filosofos entre las cosas terribles y espantosas, la muerte es la mas espantosa de todas”. Tales bellas metáforas se encuentran en la parte final, un sueño del que despierta por el ruido de la ruina de la rica morada Luis Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, relatado como diálogo renacentista con el médico.⁴ La belleza de la simbología del sueño y del relato y la interpretación por el médico, muestran el moderno interés por la mente humana y sus complejos abismos. Recordemos *El libro de los sueños* de Gerolamo Cardano.⁵

Se muestra antiguo Montaña en interpretar la anatomía desde la fisiología, pero nos permite ver el estado de esta disciplina al fin del reinado de Carlos V. Además su preocupación importante se refiere a la generación, crecimiento y muerte, a las que además del sueño dedica la segunda parte del estudio propiamente anatómico. En ese interés por la arquitectura del cuerpo y por sus fases de desarrollo nos recuerda también los proyectos anatómicos del gran Leonardo da Vinci.⁶ Para el autor que manejamos, la vida es la potencia natural en el hombre –y en sus partes o miembros- necesaria para la realización de las obras naturales, que le permiten vivir y propagarse. La muerte es la pérdida de esa potencia, que considera como Aristóteles el alma. El instrumento de todas esas obras es el calor natural, su pérdida también es la muerte. Como calor natural o espíritu vital –según Galeno- se puede considerar el calor necesario al cuerpo y sus miembros. Pero también –más importante- es el espíritu vital que en el corazón se obtiene de la parte más sutil de la sangre. El primero es cualidad, el segundo sustancia. El corazón necesita además en su sustancia de la “humidad radical” o sustantiva, que también llama gluten o cola. Se forma primero durante el crecimiento de la sangre fermentada con la simiente del varón, luego de la misma sangre no fermentada de la que surge el espíritu vital. Hay otra “humidad sustancial”, que es llamada nutrimental.

La muerte es pues la pérdida del calor natural del corazón, que puede ser natural o necesaria. Así “la causa general de la muerte natural de todos los hombres, la qual no se puede evitar, es la resolucion del umido radical del coraçon causada naturalmente del mismo calor natural, el qual acidentalmente es causa

⁴ Josep Lluís BARONA, *Sobre medicina y filosofía natural en el Renacimiento*, Valencia, 1993, 47-76.

⁵ Gerolamo CARDANO, *El libro de los sueños*, Madrid, 1999.

⁶ Bruno SANTI, *Leonardo da Vinci*, Firenze, 1975. Michael WHITE, *Leonardo El primer científico*, Barcelona, 2001 (traducción Víctor Pozanco).

de su corrupción, y por consiguiente de nuestra muerte”. En la muerte natural “el humido radical esta tan gastado que no puede conservar su calor, segun que es menester para la conservación de la vida”. La muerte puede también tener causa violenta por falta del mantenimiento necesario para engendrar el calor natural, o su refrigerio, o por causa fría que lo mortifica, o caliente que lo resuelve aprisa. Se refiere a esas cualidades que vimos antes en Laguna aplicadas a los venenos. En fin, las causas naturales son necesarias, las violentas contrarias a la naturaleza son accidentales, también son curables o no.⁷ Se preguntará mucho después Andrés Piquer sobre la posibilidad de causas naturales, de que las leyes de la naturaleza lleven a la enfermedad sin causas externas.⁸ El clásico francés de la medicina legal Foderé volverá mucho más tarde sobre la muerte por vejez y su probable edad. La edad del hombre –respondería el viejo Montaña de Monserrate- también depende del calor natural y del húmedo radical.

II. La muerte, cerca y lejos

Como señaló Philippe Ariès la muerte era próxima en el Antiguo Régimen, a diferencia del mundo contemporáneo en que se aleja de nosotros. La medicina contribuyó mucho a este alejamiento, pues la corrupción de la materia orgánica se consideraba peligrosa tanto desde la teoría miasmática de la tradición hipocrática, como desde la teoría contagionista de Fracastoro. Es lógico, pues, que se prohibiesen los entierros en las iglesias, considerados peligrosos. En Francia el traslado de las osamentas del cementerio de los Innocents a las catacumbas de Denfert-Rochereau muestra bien ese cambio, aquí acentuado con la introducción del orden y la geometría en la disposición de la muerte. Con ello se aleja el miedo al desorden. Es un proceso que se transmitirá a los países occidentales, así nos lo narra Orhan Pamuk. “De todas estas pérdidas, la que yo creo que ha sido más dura de sobrellevar para los estambulíes es la de que las tumbas y los cementerios dejaran de ser sitios integrados en jardines, plazas y en la vida cotidiana para convertirse en lugares horribles rodeados por altos muros, parecidos a prisiones, sin cipreses, sin ningún tipo de árboles, sin vistas, y todo en nombre de la occidentalización”.⁹ De todas formas, a los viajeros todavía parecen los cementerios de Estambul lugares animados, vivos. En El Cairo todavía conviven vivos y muertos en los cementerios.

⁷ Bernardino MONTAÑA DE MONSERRATE, *Libro de la Anothomia...*, ed. cit., ff. 71r – 73v, 85r y 128r-129r.

⁸ Andrés PIQUER, *Instituciones Medicae*, 2ª. ed., Madrid, Joaquín Ibarra, 1773, 468.

⁹ Orhan PAMUK, *Estambul Ciudad y recuerdos*, 7ª. ed., Barcelona, 2007, 282 (trad. Rafael Carpintero).

Se inauguran al fin del período en Madrid los Cementerios Generales del Norte (Puerta de Fuencarral, 1809) y del Sur (Puerta de Toledo, 1810), en la primera mitad del siglo XIX se construyen varios en el centro, así por Chamberí. La iglesia y las cofradías sacramentales están detrás, el ayuntamiento muestra desinterés hasta la Gloriosa de 1868.¹⁰ En el comienzo del primer capítulo de *Aurora roja* Pío Baroja nos sitúa en la calle de Magallanes con muchos cementerios cercanos; calle de la muerte, alguna borrachera y alguna canción jovial contrastan, o consuelan. Por el contrario la desaparecida calle de Ceres, calle del amor, se llena de mujeres con niños que oyen canciones de presidio y de madres muertas; antiguo burdel, reúne tristeza y amor, que marcan el sublimado corrosivo y la muerte.¹¹ La vida y la muerte se encuentran reunidas en las páginas del novelista, personaje hipocondríaco que siempre recuerda sus vivencias de estudiante de medicina. Sin duda, los deseos de vida y de muerte se atraen y repugnan en el espacio y en el tiempo.

Así la muerte pesa a diario sobre la mente. Es la suprema desgracia, la alteración máxima de la normalidad. Las distintas sociedades le confieren un carácter sagrado, milagroso. Las reliquias de los santos tienen prodigiosas virtudes, ya sea por ser parte de su organismo, bien por haber estado en contacto con él. Pero ese carácter taumatúrgico lo tienen también otros seres, incluso animales. Una noticia reciente nos informa de que en algunos poblados chinos se consumía un sanador caldo de dinosaurio, pensando en antiguos huesos de dragón.¹² Algunos medicamentos antiguos parecen tener relación con posibles virtudes curativas de viejos cadáveres, así de momias egipcias. Feijoo criticará con dureza estas creencias y prácticas.

Pero, como afirma un médico portugués, cualquier cadáver puede ser útil. La mano de un enfermo ya moribundo por virtud oculta cura algunas enfermedades, como los bocios; a medida que el cadáver se consume en la tumba, se van como la cera en el fuego. Lo afirman, nos dice con seriedad, graves autores y la experiencia. Un pedazo de lienzo de la mortaja o el agua de lavar el muerto cura la procidencia del intestino recto. Un diente de difunto por vejez, sin frío ni calentura, tocando cualquier diente o muela los hace caer sin hierro. Una rebanada de pan bajo el sobaco de un agonizante, hecha polvo y dada a beber con vino, hace que el pobre paciente lo deteste. El agua que las parras rezuman al podarlas, las anguilas vivas, la cabeza de cordero, o la flor de trigo, juntadas con vino, tienen el mismo efecto. Sin duda, se asignan poderes a muchos elementos orgánicos, a

¹⁰ Carlos SAGUAR QUER, *Un Père Lachaise para Madrid: el debate sobre los cementerios en el siglo XIX*, in *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 38, 1998, 59-87.

¹¹ Pío BAROJA, *Aurora roja*, Madrid, 2005, 43-45 (prólogo Ricardo Senabre).

¹² Pablo M. DÍEZ, *Un caldo de dinosaurio* in *ABC*, 6 julio 2007, 75.

veces la relación simbólica está clara, otras no tanto. Sangre de mujer menstrual agrava heridas y llagas, las heridas las cura sangre de la vena del vacío de un hombre sano en cánicula, en recipiente de barro, puesto al sol. Los dientes de muerto puestos en las brasas, ahumando las partes pudendas, devuelven la capacidad de engendrar, tal vez perdida por maleficio. En la aprobación Vicente Gilabert alaba la larga experiencia de Curbo, que le ha sido útil para conseguir fama, provecho y curaciones. Le parece bien que salga a la luz, sobre todo para quienes no tienen sus obras o no saben portugués. Aparece con aprobación de Francisco Suárez de Ribera, así como del inquisidor y vicario de Madrid.¹³

III. Ley y orden

Pedro Laín Entralgo nos recuerda que los clásicos paganos obedecían a la divina naturaleza, abandonando a los enfermos en que la muerte era inexorable, mientras para los cristianos quedaba el consuelo y la salvación del alma.¹⁴ Pero la agonía y la muerte parecen quedar para los clérigos y juristas. En efecto, la muerte se considera de manera primordial como una alteración del orden, como la destrucción de la vida humana ordenada. Así queda, pues, en manos de la ética y de la ley. Parece que la muerte interesa poco a los médicos —es el fin de su actividad, de su negocio— pero interesa mucho a la religión y al derecho. Por tanto, se encuentra gran interés en la muerte en manuales de confesores y de atención a enfermos y en los tratados de medicina legal. Son los clérigos los que se ocupan de la atención al moribundo, algunos como sabios preocupados por la medicina, es el caso de Feijoo, todos como confesores.¹⁵

III. 1 *Los clérigos*

Ellos se ocupan de preparar para el bien morir, pero esta preparación es arte bien compleja. Se preocupan de que el agonizante deje arreglados los asuntos del alma y del cuerpo, así no olvidan el testamento. La preparación del alma exige conducir al enfermo hacia el descanso eterno, hacia el infierno, el purgatorio o el

¹³ *Secretos medicos, y chirurgicos del doctor don Juan Curbo Semmedo*, traducidos por Tomás Cortijo Herraiz, presbítero y médico de la corte, dedicado a un dominico del santo oficio su tío, Madrid, Bernardo Peralta, (1731), 125-128. Edición facsimilar en Valencia, 1991. Suárez de Ribera divulgará los secretos de este autor.

¹⁴ Pedro LAÍN ENTRALGO, *La medicina hipocrática*, Madrid, Revista de Occidente, 1970.

¹⁵ Balthasar Bosch de Centellas y Cardona, ministro de enfermos, influirá mucho con variadas ediciones, incluso tras su muerte, con su *Práctica de visitar los enfermos, y ayudar a bien morir* (1687).

paraíso. Hay que establecer un orden en el morir, que luego ha retomado la medicina, así como la antropología y el psicoanálisis. Incluso la historia en el texto en que se narra la muerte del noble caballero Guillermo el Mariscal por Georges Duby. Han sido descritas por Kubler-Ross —y llevadas a la pantalla por Bob Fosse— las etapas de la agonía, que incluyen miedos, corajes, aceptaciones, pactos, resignaciones y esperanzas de consuelo o felicidad. No es extraño encontrar en esos clérigos, que tanto insisten en ser llamados a confesión, una descripción e incluso una inducción de esas etapas. El franciscano Antonio Arbiol nos cuenta así observaciones —propias y ajenas— del camino al morir. Por ejemplo, nos habla de un clérigo muerto blasfemo, pero que se aparece a su abad para ser perdonado y enterrado en tierra sacra. Afirma que si bien su lengua maldecía, su alma cantaba alabanzas. “En las *Chronicas* de N. P. Santo Domingo se refiere un caso raro de un Religioso, que al tiempo de morir dixo tantas, y tan horrendas heregías, que no se atrevieron à darle sepultura Eclesiastica, sino que le enterraron en la Cavalleriza. Pero de alli à pocos dias se apareció glorioso al Prior, en presencia de otros Religiosos, y le dixo, que sacasse su cuerpo de aquel lugar indigno, y lo enterrassen en la Iglesia, porque cuando en su delirio decía tantas heregías, al mismo tiempo estava su alma diciendo alabanzas divinas”.¹⁶

Los temas que trata Arbiol son de interés. Por su parte el clérigo quiere ver el alma consolada, rica en ideas, humillada, perdonada, esperanzada. Sería interesante comparar este camino a la muerte, con el que la medicina observa en la clínica. Añade advertencias a exorcistas en su cuarta edición, sin duda el disputar el alma del moribundo al diablo, luchando día a día, sería entonces apasionante. O bien, propone oraciones distintas según la formación del enfermo, las tentaciones que sufre, o disfruta, o su situación: estados de conciencia, afectos desordenados y delirios, agonía y muerte. No se olvida de los amigos y parientes, de los clérigos y monjas en su lecho de muerte, incluso de los condenados a la última pena. Para ellos trae a Cristo, a la Virgen, a distintos santos y ángeles. La sombra del padre franciscano es alargada, muy alargada. Propone el testamento diario de san Carlos Borromeo, que se debe hacer cada noche ante el sueño, “que es imagen de la muerte”. Sería un *memento mori* para todos y todos los días. Todavía Manuel Azaña nos cuenta en *El jardín de los frailes* que en sus colegios religiosos estaban vigentes estas obras de Arbiol. Entran en un intento religioso de ordenar la vida, que se tendría que poner en relación con los cambios sociales, en un momento en

¹⁶ Antonio ARBIOL, *Visita de enfermos, y exercicio santo de ayudar a bien morir, con las instrucciones mas importantes, para tan Sagrado Ministerio*, 4ª. ed., Barcelona, Imprenta de María Angela Martí Viuda, s.a., 90-92, citas en ésta y en 253. La primera censura es de 1722, en la Biblioteca Nacional de Madrid hay ediciones desde 1724.

que cambia la vida agrícola por la urbana.¹⁷ Es un intento que también se verá en los médicos, la vivencia del tiempo está profundamente imbricada en la sociedad.¹⁸ También –con influencia hipocrática– se pensará que el medio en que se vive influye, sea campo o ciudad, sea un clima u otro. La vida y la muerte tienen leyes genéricas, universales y absolutas y otras específicas, respectivas y peculiares de naturaleza propias de un clima u otro.¹⁹

El benedictino Feijoo escribió mucho a lo largo de su extensa obra sobre la muerte. Es un fraile interesado por la ciencia, así uno de los primeros artículos del *Teatro crítico* es el titulado “Medicina”. Quiere una renovación médica, atacando la medicina tradicional, que lleva a excesos de los médicos y los medicamentos. Es preciso un sano escepticismo, como el que han practicado los grandes médicos. Quiere también considerar al hombre completo, huyendo del materialismo que tanto teme. Nos recuerda la doble naturaleza de Quirón, mostrando la medicina como saber complejo, referido al hombre completo, al cuerpo y al alma. En un médico o en un clérigo era necesario señalar la doble tarea de atender al cuerpo y al alma. El ser humano y la medicina están –como Quirón– entre dos “sustancias”, una material y otra espiritual y entre dos profesiones, que el benedictino apreciaba y quería reformar, la religión y la medicina. En la enfermedad, entrando en contacto con nuestro cuerpo, nos hundimos en un mundo inmensamente más arcaico que el de nuestro espíritu, pues el cuerpo está encadenado a un reino diferente, lejano en el tiempo y en la mente. La enfermedad atrae fuerzas antiguas, monstruosas, que proceden de la Tierra.²⁰

Las peleas se producen, pues, en la naturaleza, pero se acompañan por las sociales y sabias, por las galénicas. Estas luchas han llevado a identificar la medicina con Marte. El habla desde una posición moderna, renovadora y generosa. Sigue creyendo en el poder de la naturaleza, desconfía de los médicos, que siempre han tenido errores o dudas. Combate así un aforismo de Hipócrates, que sostiene que cuando el médico actúa según razón, no ha de variar sino insistir en su actitud. Lo llama el “aphorismo exterminador”, pues va en contra de la natu-

¹⁷ En otros libros Arbiol se ocupa de luchar contra la lujuria, instruir monjas y novicias, o regular la familia. Roberto FERNÁNDEZ (Ed.), Antonio ARBIOL, *La familia regulada*, Zaragoza, 2000.

¹⁸ Siguiendo a Norbert Elias intenté recrear este cambio en la vivencia del tiempo en el mundo médico ilustrado, José Luis PESET, *Las heridas de la ciencia*, Salamanca, 1993, 89-96.

¹⁹ Duarte REBELLO DE SALDANHA, *Ilustração Medica*, 2 v., Lisboa, Regia Offic. Silviana, e da Academia Real, Off. de Joam de Aquino Bulhoes, 1761-1762, II, 129. Es un médico de Lisboa con ilustres dedicatorias – al infante Manuel y al cardenal patriarca de Lisboa – que comenta a Joao Mendes Sachette, *Considerações Medicas*.

²⁰ Pietro CITATI, *La paloma apuñalada. Proust y la recherche*, Bogotá, 1998, (traducción Guillermo Piro).

raleza.²¹ Discute los principios fundamentales del galenismo, así la curación por contrarios. Se suponía que los medicamentos debían tener cualidades contrarias a las de la enfermedad. Es obvio que la curación es la expulsión de ésta, pero esa acción evidente la ejecuta la naturaleza. Además curan también los similares y el saber sobre las cualidades no es claro, nada claro. La sangría y la purga son peligrosas -aquella es para Martín Martínez más nociva que la artillería-, pueden eliminar elementos útiles y además la naturaleza es suficiente. Igualmente discute el interés de los medicamentos costosos y caros, así como la polifarmacia galénica. Los sabios como Baglivi y Sydenham quieren pocos -y específicos, podemos añadir- solo el vulgo y quien abusa de él piden tantos. “Los remedios costosos y caros son del gusto de muchos médicos y del de todos los boticarios”. Se entienden así sus críticas a algunos remedios absurdos, como los que señalamos, pero elogia la quina y el mercurio.

Feijoo también enseñará la forma de elegir médico, con referencia tanto a la formación del profesional, como a la manera en que el cliente saldrá mejor librado de su elección. Desde siempre se enseñaba a los médicos cómo actuar frente al paciente. El juramento hipocrático contiene formas de comportamiento, y los clínicos siempre instruían en este sentido en las visitas y consultas a sus alumnos, así como en las lecciones en monasterios y universidades. Más tarde estas instrucciones se combinarán con la ética y con la religión, con el derecho y con los gremios o colegios, para formar códigos de conducta que permitiesen a los médicos mejorar la asistencia y conseguir clientes y a éstos su elección del galeno y su pronta cura.

Las normas que Feijoo propone son las del sabio aficionado a la medicina, pero también las del clérigo cristiano. El médico debe, por tanto, ser buen católico, también juicioso y de temperamento tranquilo. No debe ser jactancioso con su arte, ni adicto a sistema alguno filosófico, por el contrario se elegirá el aficionado a la práctica. Ha de proporcionar tratamientos sencillos y prudentes, insistiendo en la observación y el cuidado del pronóstico, base del prestigio médico. “El que tiene acierto en pronosticar es cierto que conoce el estado presente de la enfermedad, pues sólo por lo que hay ahora se puede conocer lo que ha de suceder después”.²² Además, es importante para la administración de los sacramentos, en especial de los que preparan para la muerte. Si los médicos debían llamar a los confesores por

²¹ José Luis PESET, *La educación y la renovación del saber en Benito Jerónimo Feijoo*, in Inmaculada URZAINQUI (Ed.), *Feijoo, hoy (Semana Marañón 2000)*, Asturias, 2003, 225-238.

²² Benito Jerónimo FEIJOO, *Medicina in Teatro crítico universal*, 3 vols., 6ª. ed. (prólogo Agustín Millares Carlo), Madrid, 1975, I, 107-155, véase 120, 124, 140, 144, 152-155. Feijoo también se ocupa de estos temas en otros discursos, así en *Importancia de la ciencia physica para lo moral*.

real orden, quiere que éstos obliguen al enfermo a ir al médico y medicarse, pues cuidar del alma y del cuerpo era obligación del médico cristiano.²³

Feijoo también se interesará por tanto por las señales que muestran la muerte. Lo hará con un gran conocimiento médico y teológico, introduciendo novedades, pues quiere que aparte de llamar prestamente al sacerdote, éste administre con frecuencia la absolución de forma condicional, pensando de esta forma salvar muchas almas. Para apoyar su propuesta, nos propone frecuentes ejemplos de falsas muertes. No cree que sean señales ciertas de muerte la falta de respiración, de sentido ni de movimiento. Cita muchos ejemplos, así la histeria femenina. Junto a la falta de respiración, discute la carencia de sentido y movimiento, de circulación y latido, que considera que son falibles, pues se presentan de formas diversas en las apoplejías, en los fetos e incluso en los buzos. No son decisivos la falta de estornudos, la rigidez, el aspecto de los ojos, cree mejor la coloración del rostro e incluso el hedor, pero puede deberse a infección. Mejor es la frialdad, considera el frío como prueba más evidente de muerte, sin duda recordando la falta de calor natural del pensamiento galénico. También considera más seguro el diagnóstico en casos de fiebres que siguen sus pasos y, al fin, la cara hipocrática. Esta descripción de la cara del agonizante hecha en los textos hipocráticos, ha llegado a nosotros como anuncio cierto de muerte. Tanto es así que el mismo Laguna en su discurso de Colonia –coetáneo de la edición de la *Fabrica* de Vesalio– la coloca de máscara trágica de esa Europa destrozada por las luchas entre católicos y luteranos.²⁴

Se ha escrito por tanto poco y de forma ligera sobre las señales de muerte, tema importante sin embargo para la medicina y la religión, la vida temporal y la eterna. Del acierto dependen el entierro y la confesión, se puede dejar al agonizante sin tratamiento, sin absolución e incluso sepultarlo. Es difícil conocer esa última acción del alma en el cuerpo, el abandono del palacio por la princesa, que relataba el marqués de Mondéjar. Así recomienda la actuación del sacerdote, pues se puede arriesgar la vida eterna. En las crisis graves e imprevistas, en que se teme la muerte, se llama a un sacerdote para la absolución del moribundo. Si al llegar lo encuentra sin respiración, sin color, sin movimiento, lo abandona sin ésta. Pero si no se recupera y ha perdido el estado de gracia, será condenado, pudiendo salvarse si es absuelto bajo condición.²⁵ Debe por tanto darse la absolución siempre que

²³ Pedro LAÍN ENTRALGO, *La relación médico-enfermo*, Madrid, Revista de Occidente, 1964.

²⁴ Andrés LAGUNA, *Europa heautentimorumene, es decir, que miseramente a sí misma se atormenta y lamenta su propia desgracia...*, (introducción, edición, traducción y notas de Miguel Ángel González Manjarrés, prólogo Joseph Pérez), Valladolid, 2001, 102-103, 134-135.

²⁵ Benito Jerónimo FEIJOO, *Señales de muerte actual* in *Textos sobre cuestiones de Medicina 1726-1760*, Oviedo, Fundación Gustavo Bueno, Pentalfa Ediciones, 1999, 141-154. Nos informa sobre experiencias de ahogo y reanimación de un perro con soplos en tráquea que toma de las *Mémoires de Trévoux* de 1728 procedentes del ámbito de la Sociedad Real de Londres.

haya dudas. En las apoplejías hay que aguardar tres días, tener cuidado con casos de síncope, sofocación, ahogados... la medicina legal de Zacchia entra aquí... no olvidará suicidios, abortos y muertes infantiles.²⁶ Siempre bondadoso, considera aquéllos lejanos de la normal razón, para éstos desea la salvación de esas pequeñas almas con el bautismo.²⁷

Vemos así, que en el frecuente libro del franciscano Antonio Arbiol se dan -al igual que en Feijoo- señales de cómo conocer la proximidad de la muerte. También se interesa el clérigo por los testamentos y la atención a los condenados a muerte, en un férreo, pero discreto control de las postrimerías del hombre. “Digan siempre, que el Medico lo dice assi”, es preciso que el clérigo “escuse el hacer visages”. Los signos a vigilar son calor, sueño, facies, aliento, temblor, pulso, sudor, respiración... que él conoce y aprende de otros autores. Él añade la fiebre con delirios, así como la inflamación de entrañas con respiración violenta.

Sin duda la muerte interesa, pero también su cortejo. El sueño y el miedo, la persuasión y la confesión son temas clericales, no sólo médicos. Porque la enfermedad es el camino del más allá, son los últimos y dudosos pasos del ser humano. La razón lucha con el cuerpo, contra el pecado y el diablo, que arrastran a profundas cavernas. Sin duda, la muerte se encuentra entre la religión y la medicina, es una doble construcción entre el médico y el clérigo, por tanto los delirios aparecen tanto como enfermedad que como herejía, es una metáfora la idea de delirio, sirve como creencia para condenar y como enfermedad para salvar.

III. 2 *Los médicos*

Desde luego, la medicina legal se interesa también en la muerte, con temas semejantes muchas veces. La construcción del aparato jurídico francés tras la revolución permite una renovación de esta medicina. La muerte queda en manos de la nueva medicina legal, veamos así la traducción de la notable y conocida obra de Foderé, médico en Marsella. “La muerte es el producto de la vida”, es el “término de sus esfuerzos”, la “falta de irritabilidad del corazón”... son los términos

²⁶ Benito Jerónimo FEIJOO, *Entierros prematuros y Contra el abuso de acelerar más que conviene los entierros* in *Obras escogidas*, 56, Madrid, 1952, 487-490 y 574-581. Así en sus Cartas continúa los temas iniciados en el Teatro, siempre preocupado por falsas muertes, suicidios, abortos y el bautismo del feto.

²⁷ La unión de medicina y religión prosigue, véase P.-J.-C. DEBREYNE, *Estudio de la muerte, ó iniciación del sacerdote en el conocimiento práctico de las enfermedades graves y mortales...*, Barcelona, Imprenta y Librería Politécnica de Tomás Gorchs, 1851. El autor se dirige a eclesiásticos con “cura de almas”, médicos, cirujanos y público general, es doctor médico por la Facultad de París y religioso de la Gran Trapa.

en que se expresa la medicina francesa del momento.²⁸ Así para Bichat “la vida es el conjunto de funciones que resisten a la muerte”, en *Recherches sur la vie et la mort*. Tenemos aquí, en estos estudios modernos, una vez más al corazón, siempre reconocido por su papel protagonista en la vida y en la muerte. Ahora se inscribe la nueva fisiología en el vitalismo, que considera que la vida tiene fuerza propia, separada del mundo físico. También se considera la vida como reacción, al modo de Cullen y Brown. Pedro Laín recuerda que es herencia del panvitalismo renacentista, pero que en el pesimismo de este autor hay ecos de los pesares de la revolución francesa.²⁹

Como veíamos en el renacimiento, también se separa la muerte violenta, de la que llega por vejez, señalando la edad que a ésta se supone según ley. Se detiene en las señales que se encuentran en los cadáveres, para determinar el momento de la muerte; es herencia –nos dice– de lo que ocurría en las guerras romanas donde luchaban padres, hijos y hermanos y era necesario conocer el orden de fallecimiento. Serían estas indicaciones, una vez más el calor, junto a la rigidez y flexibilidad, el aspecto de la piel, los ojos, el olor, la putrefacción, etc.. También separa las causas de violencia, como incendios, peste, ahogamientos... Hace cuidados distinguos entre heridas curables, mortales, su valoración y pronóstico en el cadáver, el infanticidio y la muerte del feto, el aborto.³⁰ Proseguirá también en el tomo V con homicidio, suicidio, muertes violentas por asfixia, ahogamiento y apoplejía, por rayo, veneno, heridas y traumatismos. También se ocupa en este volumen de los venenos, con gran modernidad, los clasifica según el reino del que vengan (minerales, vegetales, animales), según su estado (fijos y volátiles), su puerta de entrada, su olor y sabor. Tiene en cuenta su análisis (arsénico, mercurio, plomo) y el de los vómitos, los síntomas, las pruebas químicas y con animales. Recordemos al viejo Laguna probando el veneno de las víboras. También recomienda la disección, que será la forma diagnóstica post-mortem esencial en el siglo XIX. Los anatomistas habían comenzado desde el renacimiento –incluso desde la baja edad media– a abrir cadáveres y cada vez era más frecuente que las razones del morir se encontraran en éstos. La nueva medicina francesa –y euro-

²⁸ Francisco Manuel FODERÉ, *Tratado de medicina legal y de higiene pública*, 8 vols., Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1801-1803, I, 124-128, citas 125.

²⁹ Pedro LAÍN ENTRALGO, *Grandes médicos*, Barcelona, 1961, 182. François DUCHESNEAU, *La physiologie des Lumières*, The Hague, 1982. G. CIMINO y F. DUCHESNEAU (Eds.), *Vitalisms from Haller to the Cell Theory. Proceedings of the Zaragoza Symposium. XIXth International Congress of History of Science, 22-29 August 1993*, Firenze, 1997.

³⁰ Francisco Manuel FODERÉ, *Tratado de medicina legal*, II, 234-247, III, 261-190, IV, 32-107, 223-247, 283-294, 300-304. Estos temas serán los canónicos de la medicina legal, así véase José Ferreira BORGES, *Instituições de medicina forense*, París, 1832, dedicado a su majestad imperial el duque Pedro de Bragança.

pea- se construye sobre el diagnóstico en la sala de autopsias. El cuerpo humano es profanado y el médico es culpable. Los cirujanos son vistos con desagrado, como lo fue Leonardo.³¹ Chateaubriand se negará a que el sacrilego cuchillo pueda cortar su cuerpo. La vida era sagrada.

José Luís Peset I.H. – C.S.I.C.

Abstract:

Death has been acknowledge as the separation of soul and body, it can be analysed from texts that belong whether to the medical field whether to the ecclesiastical field. It's studied from the point of view of physiology, pathology and therapeutics, hygiene and legal medicine. But also having in mind the clergymen's opinions about the end of life, who assists and watches over the death person. They worry about the signs that show the closeness of death and about the necessary Christian assistance.

³¹ Esther FISCHER-HOMBERGER, *Medizin vor Gericht*, Bern, Stuttgart, Wien, 1983. Núria PÉREZ PÉREZ, *El Hospital General de Santa Creu frente al Real Colegio de Cirugía de Barcelona: La controversia surgida en torno al suministro de cadáveres para el anfiteatro anatómico de Gimbernat in Medicina & Historia*, 1 (2004), 4ª época, 1-15.

